

En toda cultura los mitos comunican lecciones morales, y los mitos de la escasez han producido un legado de creencias o “sentencias de vida” que adoptamos como sabiduría popular o verdades personales. Cuando era niña mi abuela solía decir a sus nietas: “Cásate con el dinero y el amor vendrá después”. Nos reíamos cuando decía eso y ella soltaba una risita y nos guiñaba el ojo, pero en realidad creía en ello. Era lo que había hecho. Cuando se casó alrededor de 1900, lo hizo con el hombre más rico que pudo encontrar y después encontró una forma de amarlo.

Quería transmitirnos este consejo y, a pesar de que nos reímos de sus comentarios, estos nos dejaron huella. Más tarde, todas las nietas tuvimos que romper con ese sistema de creencias para sentirnos libres con el fin de encontrar compañeros amorosos poseedores de una carta de presentación más profunda que su cuenta bancaria.

Dentro del escenario mental y la mitología de la escasez, cada uno de nosotros luchamos con nuestras sentencias de vida con relación al dinero. Algunas nos llegan en forma de frases populares como la de mi abuela, con instrucciones incompletas o deficientes: No te gastes tu capital. Si tienes que preguntar por el precio, es porque no puedes comprarlo. El dinero no es un objeto. No es de buena educación hablar de dinero. A veces es importante estar dispuesto a gastar el capital en causas que tengan sentido; considerar el precio como un principio personal, aun cuando se tenga más de lo suficiente para pagarlo; ser directo y abierto con relación a los asuntos del dinero en lugar de permanecer inseguro o reservado.

Otras sentencias de vida son personales, de nuestra propia creación y están expresadas en patrones de comportamiento conscientes o inconscientes alrededor del dinero. A principios de mi carrera como recaudadora de fondos, comencé trabajando casi por completo en el esquema de voluntariado, y solamente me sentía bien al pedir dinero para los demás. Dentro de mi vida personal me sentía feliz al dejar que mi esposo administrara las finanzas familiares, liberándome de los detalles prácticos de tal responsabilidad. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta a través de las lecciones que sin querer aprendí, que las sentencias de vida que estaba creando, las cuales se volvieron limitantes, se referían al hecho de que yo no podía esperar ganarme la vida con mi trabajo y de que yo no era una compañera total, responsable y participativa en la vida financiera de mi propia familia. Todavía brindo mi tiempo y energía sin reservas, y todavía le confío a mi marido las finanzas familiares, pero también he ampliado mi experiencia para poder integrar la satisfacción de ganar dinero y tener más responsabilidad al administrarlo. Esto ha sido una cuestión de crecimiento personal para mí, un paso hacia la creación de una relación más honesta con el dinero.

Quizás aquellas sentencias de vida le resulten familiares. O tal vez ha trabajado por dinero la mayor parte de su vida, y se ha mostrado renuente a pedir aumentos aunque sean muy merecidos, o ha permanecido en un trabajo sin perspectivas en lugar de invertir el tiempo y la energía en buscar uno nuevo o en capacitarse para realizar uno diferente. Quizá disfrute de una herencia y se sienta con el derecho de disponer de la riqueza familiar, o tal vez se sienta culpable por ello. Quizás evite poner al día su chequera o pagar sus cuentas debido a que la realidad de esos números con lujo de detalle le dicen algo que no quiere escuchar. Tal vez tiene miedo a hacerse respetar en una relación por cuestiones de dinero, debido a que teme las repercusiones; o quizá sus miedos a las cuestiones financieras evitan que siquiera se dé a respetar.

La mayor parte de nuestras sentencias de vida alrededor del dinero son producto del lenguaje limitante de la escasez en nuestra cultura. En este lenguaje la palabra éxito implica que una persona está generando dinero en exceso. Un empresario exitoso es simplemente alguien que gana mucho dinero. Y dentro de este juicio no se toma en cuenta la calidad del producto, el lugar del trabajo, las compensaciones de los empleados, y el estilo de dirección o las prácticas generales de la compañía en materia de asociaciones y contribución social. En el lenguaje de la escasez, aquellos que generan

grandes ganancias a partir de negocios explotadores o prácticas empresariales insostenibles, aparecen como más “exitosos” que, digamos, los maestros o los servidores públicos que ganan menos pero que trabajan para que nuestras comunidades sean lugares iluminados, amorosos y compasivos en donde vivir y trabajar.

La palabra riqueza tiene sus raíces en el principio básico del bienestar y supone una connotación que describe no solo la posesión de grandes cantidades de dinero, sino también un estilo de vida rico y satisfactorio. Contrariamente, el exceso de dinero es el que a menudo crea condiciones de prepotencia y distanciamiento que disminuyen nuestra posibilidad de acceder a la genuina riqueza de la conexión e interacción humanas.

Los términos pobre y pobreza describen circunstancias económicas y ambientes, aunque muy frecuentemente se utilizan para rebajar la naturaleza humana y el potencial de los individuos que tienen poco dinero.

La sentencia de vida del “artista muerto de hambre” nos ha hecho aceptar que en nuestra sociedad la creatividad se encuentra subestimada. Sugiere que aquellos de nosotros que confiamos en el talento creativo para ganarnos la vida solo podemos esperar recibir una mala paga, mientras que los otros tenemos derecho a explotarlos o a defraudarlos en términos monetarios, así como a subestimarlos en términos personales.

Estas y otras sentencias de vida basadas en la escasez son meras construcciones del lenguaje que se han arraigado en nuestro pensamiento, y al permanecer ahí refuerzan los mitos de la escasez y le otorgan al dinero un enorme poder destructivo. A lo largo de toda la vida el flujo de mensajes provenientes de los medios de comunicación, la publicidad, la mercadotecnia, así como de nuestros padres, abuelos y amigos, refuerza y se enraíza profundamente en nuestro pensamiento, lo cual nos lleva a creer en no hay suficiente, tienes que conseguir lo que te corresponde, y más es mejor y, por lo tanto, a formar parte de ese juego.